

A su Reverendo y Querido Padre

JUAN STAUPITZ,

Profesor de Teología Sagrada, Vicario de la Orden de Agustinos
Hermano Martín Lutero,
su discípulo, envía saludos.

Recuerdo, querido Padre, que una vez, entre esas conversaciones agradables y saludables tuyas, con las que el Señor Jesús a menudo me da una maravillosa consolación, se mencionó la palabra "penitencia". Nos conmovimos con compasión por muchas conciencias, y por aquellos atormentadores que enseñan, con reglas innumerables e insoportables, lo que llaman un "modo de confesión". Entonces te escuchamos decir como con una voz del cielo, que no hay verdadera penitencia que no comience con el amor a la justicia y a Dios, y que este amor, que otros piensan que es el fin y la culminación de la penitencia, es más bien su comienzo.

Esta palabra tuya se quedó en mí como una flecha afilada de los poderosos, y desde ese momento comencé a compararla con los textos de las Escrituras que enseñan la penitencia. ¡He aquí, comenzó un juego alegre! ¡Las palabras retozaban conmigo por todas partes! Se reían y jugueteaban alrededor de este dicho. Antes de eso, apenas había una palabra en todas las Escrituras más amarga para mí que "penitencia", aunque estaba ocupado haciendo pretensiones a Dios y tratando de producir un amor forzado y fingido; pero ahora no hay palabra que tenga para mí un sonido más dulce o más placentero que "penitencia". Pues los mandamientos de Dios son dulces, cuando encontramos que se pueden leer no solo en los libros, sino en las heridas de nuestro dulce Salvador.

Después de esto, sucedió que, por la gracia de los hombres sabios que nos enseñan griego y hebreo con deber, aprendí que esta palabra en griego es metanoia y se deriva de meta y noun, es decir, post y mentem, por lo que poenitentia o metanoia es un "venir en sí mismo", y es un conocimiento de su propio mal, obtenido después de que se ha aceptado el castigo y se ha reconocido el error; y esto no puede suceder sin un cambio en nuestro corazón y nuestro amor. Todo esto responde tan aptamente a la teología de Pablo, que nada, al menos en mi juicio, puede ilustrar tan acertadamente a San Pablo.

Luego continué y vi que metanoia puede derivarse, aunque no sin violencia, no solo de post y mentem, sino también de trans y mentem, por lo que metanoia significa un cambio de la mente y el corazón, porque parecía indicar no solo un cambio del corazón, sino también una manera de cambiarlo, es decir, la gracia de Dios. Pues ese "pasar de la mente", que es la verdadera penitencia, es de muy frecuente mención en las Escrituras. Cristo ha mostrado el verdadero significado de esa antigua palabra "Pascua"; y mucho antes de la Pascua, Abraham fue un tipo de ella, cuando fue llamado "peregrino", es decir, "hebreo", es decir, uno que "pasó" a Mesopotamia, como el Doctor de Bourgos explicó eruditamente. Con esto concuerda, también, el título del Salmo en el que Jedutún, es decir, "el peregrino", es introducido como el cantor.

Basándome en estas cosas, me atreví a pensar que esos hombres eran falsos maestros que atribuían tanto a las obras de penitencia que apenas nos dejaban nada de la penitencia misma excepto satisfacciones triviales y confesiones laboriosas, porque, por cierto, habían derivado su idea de las palabras latinas poenitentiam agere, que indican una acción, más que un cambio de corazón, y de ninguna manera son equivalentes al griego metanoia.

Mientras este pensamiento hervía en mi mente, de repente comenzaron a sonar nuevas trompetas de indulgencias y clarines de remisiones por todas partes; pero no estaban destinadas a despertarnos un gran entusiasmo por la batalla. En una palabra, se pasaba por alto la doctrina de la verdadera penitencia, y se presumía no alabar ni siquiera esa parte más pobre de la penitencia que se llama "satisfacción", sino la remisión de esa parte más pobre de la penitencia; y se la alababa tan altamente que tal alabanza nunca se había escuchado antes. Además, enseñaban doctrinas impías, falsas y heréticas con tanta autoridad (quise decir "con tanta seguridad") que aquel que murmurara algo en contrario bajo su aliento, sería inmediatamente condenado a las llamas como hereje y condenado a maldición eterna.

Incapaz de enfrentar su furia a medias, determiné expresar un modesto desacuerdo y poner en duda su enseñanza, confiando en la opinión de todos los doctores y de toda la Iglesia, que hacer satisfacción es mejor que asegurar la remisión de la satisfacción, es decir, comprar indulgencias. Y no hay nadie que haya enseñado de otra manera. Por lo tanto, publiqué mi Disputa; en otras palabras, atraje sobre mi cabeza todas las maldiciones, altas, medias y bajas, que estos amantes del dinero (debería decir "de las almas") pueden enviar o hacer que me envíen. Para estos hombres muy corteses, armados, como están, con un agudo acumen, ya que no pueden negar lo que he dicho, ahora pretenden que en mi Disputa he hablado contra el poder del Sumo Pontífice.

Esa es la razón. Reverendo Padre, por la que ahora salgo con pesar al público. Pues siempre he sido amante de mi rincón, y prefiero contemplar el hermoso espectáculo de las grandes mentes de nuestra época, en lugar de ser mirado y burlado. Pero veo que el haba debe aparecer entre las coles, y lo negro debe ser mezclado con lo blanco, por el bien de la decoración y la belleza.

Por lo tanto, te pido que tomes este trabajo tonto mío y lo envíes, si es posible, al Excelentísimo Pontífice, León X, donde pueda defender mi causa contra los designios de aquellos que me odian. ¡No es que desee que compartas mi peligro! No, deseo que esto se haga solo a mi riesgo. Cristo verá si lo que he dicho es suyo o mío; y sin su permiso no hay una palabra en la lengua del Sumo Pontífice, ni el corazón del rey en su propia mano. Él es el Juez cuyo veredicto espero de la Sede Romana.

En cuanto a esos amigos amenazantes míos, no tengo otra respuesta para ellos que la palabra de Reuchlin: "El que es pobre no teme nada; no tiene nada que perder". Fortuna ni tengo ni deseo; si alguna vez tuve reputación y honor, aquellos que los destruyen siempre están trabajando; solo queda un pobre cuerpo, débil y cansado por las constantes dificultades, y si por la fuerza o el engaño lo eliminan (como un servicio a Dios), solo me harán más pobre por quizás una hora o dos de vida. Suficiente para mí es el dulcísimo Salvador y Redentor, mi Señor Jesucristo, a Quien siempre cantaré mi canción; si alguien no quiere cantar conmigo, ¿qué me importa a mí? Que aúlle, si quiere, solo.

Carta al Reverendo Juan Stapitz

¡Que el Señor Jesús te guarde eternamente, mi amable Padre!

Wittenberg, Día de la Santísima Trinidad, MDXVIII

Se finalizó el proceso de traducción¹ por un servidor, Andrés San Martín Arrizaga,
Temuco, Chile, 5 de febrero, en el año de nuestro Señor de 2024.

www.escriturayverdad.cl

¹ Texto traducido desde: <https://www.gutenberg.org/cache/epub/31604/pg31604-images.html>